

El acento chino

Fernando Villaverde

EL BARRIO SE ESTÁ LLENANDO DE CHINOS. ES COMO SI VINIESEN ATRAÍDOS por la bodega. La compró hace meses un matrimonio chino con varios hijos y desde entonces aparecen por aquí y por allá. Casi siempre los veo por primera vez en la bodega. Pienso que son viejos amigos de los dueños, puede que almacenistas que los surten por confraternidad de raza. Luego resulta que no, los veo entrar a un edificio de la cuadra y al verlos repetirse día tras día descubro que son nuevos vecinos.

Los chinos cambiaron el establecimiento apenas sin tocarlo, cuestión de unos pocos detalles. En general, todo quedó como antes, los mismos Corn Flakes y Coca-Colas, Nestlés y Nabiscos. Pero en algunos rincones aparecieron novedades que lo hacen especial, le dan al lugar su toque chino. Una esquina con ginseng y té verde. En otra, pomitos de salsa de soya y aceite de sésamo. Aunque lo más espectacular, su sello, es el colorido anaquel colocado frente a la entrada, un muestrario que recibe al cliente con objetos más de quincalla que de bodega, baratijas tan distintivas como un ideograma: tacitas de té, almanaques, relojes de cocina, zapatillas de andar por casa. Objetos de plástico hechos en serie que, pudiendo ser de cualquier parte, en el caso de los chinos nunca lo son; siempre aparece por alguna parte el fleco, el rojo escarlata, el junco, el gatito de ojos rasgados que los vuelven inconfundibles. Con ellos, aunque sean pocos y aunque la bodega esté en este barrio repleto de latinoamericanos de toda especie, es como si se hubiera metido en la cuadra una cuña traída de un barrio chino.

La mayor sorpresa que me llevé con los nuevos comerciantes, después de ver y oír de lejos a padres y a hijos, ajetreándose un par de semanas para reabrir pronto el comercio recién comprado, fue cuando, después de haberlos escuchado en esos primeros días de labor, conversando entre sí con la musical cantinela del habla china, y de pensar que ése y el inglés serían sus únicos idiomas, los bodegueros me recibieron, como a todos sus demás marchantes, hablándome en español. Un español con acento, pero hablado de corrido, cosa suya.

Nunca me pregunté al oírlos, a ella en la caja contadora y a él despachando carne, de qué país vendrían. Pensé, sin dudarlo, que del mío. No percibí la menor diferencia entre su habla y la que me había acostumbrado a escuchar año tras año en las abundantes calles del amplio barrio chino habanero. La

misma ausencia de erres y de jotas, la más notable imposibilidad de marcar las bes grandes o chiquitas, siempre transformadas en esforzadas emes: Meinte centavos, masura, dicen. Sin darle más vueltas a la cosa, los hice cubanos, emigrados como yo.

No era así. Una tarde, al cabo de algún tiempo de sentirme conforme con mi conclusión, veo a la china hablando con una compradora de aspecto indio y acento para mí no muy preciso. De pronto, la escucho rememorando con emoción las fiestas de la Virgen de la Altagracia. Estamos cerca de Nochebuena y jamás oí hablar de esa virgen en Cuba, menos de una fiesta por estos tiempos que no tuviese que ver con la Navidad. Caigo: esa fiesta es de los nicaragüenses. Sigo, atento, la charla. La china le recuerda a su clienta, con tono nostálgico, los buenos tiempos en que disfrutaban de esas celebraciones, con suspiros que amplían esa nostalgia y la hacen abarcar a toda Nicaragua, la vida que vivió allí.

Me entero así de algo que debí haber sabido siempre. El acento español de los chinos no cambia, por lo menos en Latinoamérica. Da lo mismo que vengan de Perú o Colombia, de Nicaragua como de Puerto Rico o Cuba, el canto que domina en su habla es el de su acento chino, impermeable a las inflexiones que puedan dar al español las mezclas nacionales. Nada lo vence.

Es una fuerza indudable y, no sé por qué, la relaciono con una convicción que muchas veces oí repetir en Cuba respecto de los chinos. Entre ellos, por pobres que fueran y no digo yo si muchos lo eran, a veces casi en taparrabos en sus lavanderías, no se veía a un indigente, no había limosneros en sus calles ni desamparados en sus zaguanes. Cuando en La Habana aparecía un chino vagabundo era siempre por otros barrios. Por eso la gente decía que los chinos se unían entre sí para ayudarse y no permitir que uno de ellos cayera en la miseria, y que cuando se veía a un chino pordiosero era porque los suyos mismos lo habían marginado; por vago, por bandido. Algo lo había vuelto indeseable a su comunidad. Puede que hasta ser mal chino.

Esa era la primera característica. La otra tenía, como para compensar, algo de burla. Todos los chinos son iguales, se decía en tono de broma, hasta a los chinos, en su propia cara. Todos se parecen, se confunden unos con otros. La deducción, no tan escondida, dejaba asomar un temor: todos los chinos se pueden hacer pasar unos por otros, no es posible reconocerlos si no se es también chino. A partir de esta idea, la primera virtud adquiría un tinte algo tenebroso: con su facilidad para el disfraz, esa trenzada cuerda comunitaria de los chinos les atribuía una apariencia de círculo secreto, una capacidad de confabulación que los volvía formidables. Eso hacía que, por mucho que se les quisiera, la actitud general hacia los chinos siempre albergase una capa final de recelo y a la vez, así fuera a regañadientes, cierto matiz de admiración.

A pesar de sus cambios, algo no ha variado en la nueva bodega. Es, como cuando su anterior dueño era un puertorriqueño, lugar de tertulia favorito del barrio. Cierto que los propietarios hablan chino entre ellos, o con sus hijos, que siempre me resultan distintos, o más altos o más jóvenes o más delgados que la vez anterior, o con visitantes chinos que parecieran nunca repetirse y que pasan allí largos ratos, acomodados en conversaciones que toleran

largas pausas, como si estuvieran en visita de cortesía. El resto del tiempo se habla siempre español y hasta esos nuevos vecinos chinos que, hasta donde he podido ver, vienen sin excepción de Latinoamérica, como los comerciantes, no hablan más que español, incluso con sus compatriotas bodegueros. Supongo que desean ser parte del barrio, hacer amistades y no dar la impresión de que quieren hacer casa aparte. Es la mejor manera de dejar saber al vecindario, sin necesidad de presentaciones, de dónde vienen, mostrarles que son congéneres.

Con esta cita vecinal perpetuamente en marcha en la bodega, unos segundos en cola esperando para pagar mis compras me bastan, cuantas veces la visito, para enterarme de bastantes novedades locales, por muy a retazos que sea. Incidentes que no saldrán en ningún periódico; lo mismo de que la noche anterior trataron de robar en el edificio a medianía de cuadra como de a quién vino a buscar ayer tarde la ambulancia después que sintió un amago de infarto. Las cosas menudas por las que respira nuestra colmena. Entronizada en el taburete que coloca frente a su caja contadora, la china preside, en su sonoro español de cantarinas vocales, las conversaciones con que clientes u otros pasan el rato; lo mismo hay desocupados que jubilados, aunque viejos sobre todo, que con su charla a voces dan a la bodega un ambiente de puesto de mercado bajo techo. La china se las arregla para hablar con todos y hasta buscar conversación sin descuidar su tarea; aunque, cuando le conviene, deja a quien sea con la palabra en la boca para atender un pedido especial o seguir atenta con la vista, a veces hasta increpándolo con un qué quiere, los sospechosos andares entre los anaqueles de un comprador nunca antes visto cuya facha le inquieta. En ocasiones, realmente contadas, suspende con un gesto de alacridad su habitual actitud amable, cuando alguna marchanta que ya se considera íntima amiga le sigue hablando sin parar, así la vea atareada, distrayéndola sin consideración de alguna cuenta más trabajosa que otras. Pero esta aspereza es rara en ella. Por lo general se la ve lista, ágil; sabe dividir su atención y atiende a sus distintas tareas sin perder el hilo de la charla, así varíe a cada momento, conversaciones entrelazadas que se ve son tan parte de su vida, o casi tanto, como el negocio.

El chino, siempre al fondo, dando hachazos a los cortes de carne o a las aves, es otra cosa. Se entrega con intensidad y pocas palabras a su labor y a los compradores y cuando por alguna ausencia de su mujer le toca atender la caja, a la primera oportunidad asoma, por debajo de su exterior cortés y afable, un malhumor fácil. Se le ve hombre de mecha corta, dado a disgustarse pronto cuando se le lleva la contraria en una suma un par de veces. En cuanto al parloteo del barrio, puede reír un chiste o una anécdota pero se nota que poco tienen que ver con él; si acaso escucha, pero no pone de lo suyo. No sé si será bruto; incapaz, a diferencia de su mujer, de seguir dos o tres cosas a la vez. En todo caso, no soporta que lo distraigan a la hora de cobrar y dar el cambio. No manda a callar pero tampoco atiende y no sabe disimular, en esas ocasiones, su talante exasperado.

A quien más veo en las reuniones de la bodega, reposado como quien estuviese tranquilamente dispuesto a echar allí el día, es a uno de esos nuevos

chinos llegados al barrio tras la apertura de la bodega, como si fuesen parte de un séquito de los comerciantes. Se le ve desde lejos por la calle, siempre con un enorme paraguas negro abierto, lo mismo para protegerse de la lluvia que del sol. De todos esos recién llegados ha resultado el más gregario. Pasa horas en la bodega, echando parrafadas nada apuradas o escuchando con la misma calma, paraguas al brazo, las de otros; con una leve sonrisa inmóvil de las comisuras que aproxima su cara al estereotipo teatral del chino zorro, ése que sabe mucho más de lo que dice o le dicen. Sin embargo, a veces me parece sorprenderlo ido, como entregado a otras cosas, sencillamente matando el tiempo en un sitio que jamás lo cansa, mientras se apoya en el mango de su paraguas. Me imagino que, aparte de viejo, solo, como da la apariencia de estar, prefiere la bodega al encierro entre las cuatro paredes de su casa. Tan es así que, pronto, ni siquiera esta animación le basta y organiza por su cuenta una tertulia paralela de otro género.

Las tardes de buen tiempo, a la hora en que el sol afloja, sale al tramo de acera frente a su edificio, cargado con una mesa de metal plegable y una caja de fichas de dominó. Luego, con ayuda de quienes compartirán su juego, baja de su casa o trae de apartamentos más próximos a la calle cuatro sillas de tijera y, armado este escenario casi enfrente de la bodega, comienza el juego de dominó.

Noto, nada más pasar unas pocas veces junto a estas partidas crepusculares, que todos los jugadores, menos él, son intercambiables. Es el único que nunca falla, el más apasionado. Ha previsto solución hasta para los días de lluvia, cuando muda el juego (de él es la decisión, no me cabe duda) a la sala de uno de los jugadores, o, en último extremo, al pasillo de entrada del edificio, al pie de las escaleras y bajo la débil luz de un bombillo barato; con lo que, supongo, irritará no poco a los otros residentes, lo que parece no tener en cuenta. Estoy en la bodega cuando la china, para todo lo demás su amiga, rechaza terminante, a la primera insinuación, la idea de que su marido se sume a estas mesas. El chino escucha a su mujer y asiente, divertido y a su manera, descartando el dominó con una risa y un gesto de la mano, como si no supiera de qué se le está hablando.

Como le veo hacer con todos, el chino del paraguas me da conversación a la segunda o tercera vez que coincidimos en la bodega, con familiaridad de viejos conocidos y movido, él mismo me lo dice, por mi acento cubano. Aprendida la lección con los chinos nicaragüenses no me he atrevido a adivinar de dónde es, aunque su acento me haya sonado, desde el primer momento, al de un chino cubano indiscutible. Resulta que eso es. De Cantón, fue a Cuba de niño, vivió en La Habana, en sus afueras, más de treinta años, y con una cubana se casó y tuvo hijos, hasta venir a Estados Unidos, a esta zona de Miami vuelta refugio, primero de cubanos y ahora de centroamericanos y otra gente de más al sur, cuyo abandono la vuelve accesible a la precaria economía de muchos emigrantes como nosotros. Vino acá después de enviudar, siguiendo a su hijo, llegado mucho antes con su propia familia. De no ser por él, dice al contarle, se habría quedado en Cuba, sin importarle los inconvenientes.

Era hombre sencillo, de campo, relata sin que le pregunten, con detalles que va soltando cuando me ve y me imagino repetirá a otros mil veces al día, hasta armarme con pormenores su vida cubana. Tenía una casucha con un terrenito fuera de La Habana y todos los días se metía en la ciudad, con un carretón donde llevaba a vender los vegetales y, sobre todo, las hierbas que cosechaba en su mínimo huerto. Se me hace difícil pensarlo pero de eso vivían, asegura, él y su familia. Nunca le hizo falta más; a juzgar por la reducida existencia que lleva, puede aceptarse que sea cierto lo que dice.

Por lo visto, quiere que yo corresponda a su franqueza y no para de preguntarme, cada vez que me ve, cuanto detalle de mi vida se le antoja, sin el menor recato. Que qué hago, en qué trabajo, que si estoy casado o tengo hijos, que cuándo vine. Esquivo como puedo sus preguntas; no tengo nada que ocultar pero me desagrada sacar a relucir en público mi vida personal y le respondo con evasivas. Le importa poco; insiste y hasta me echa en cara mi reserva, comentando con los demás, un día que respondo con un bastante a su pregunta de si mi apartamento cuesta mucho, que no me gusta hablar, soy muy callado. Viniendo de él, me resulta risible ese juicio, que hace sin ánimo de riña. Como si los chinos no fueran reservados, como si no fuese ése uno de sus rasgos sobresalientes, dondequiera, o por lo menos cuando están fuera de sus fronteras. El chino me critica con tono amable, como si en vez de un reproche su observación fuese un diagnóstico. Una vecina que parece entender mis evasivas le llama la atención, diciéndole delante de todos que es un metido. Pero al fin y al cabo, su persistencia me fastidia sin llegar a disgustarme. Presencio cómo hace con todos lo mismo que conmigo, con insistencia terca.

Cuando, por las tardes, paso junto a su mesa de dominó, me dedica siempre un sonoro saludo: «¡Adiós, cubano!», me dice. Y aunque más de uno de los que anden por allí e incluso alguno de los jugadores sea cubano, todos sabemos que a mí dirige su ritual saludo diario. Hace como nosotros con los chinos, eso de llamarlos por su nacionalidad y no por el nombre. Para que el nombre entre en la conversación tiene que haber ya cierta relación personal. Si no, para nosotros son sólo eso, chinos, indistintos. El chino del puesto, el chino de la bodega, el chino de la esquina, el chino del paraguas. A la china de la bodega le dicen así todos, china, aunque sepan que se llama Zoila. El chino hace lo mismo conmigo; para él soy el cubano de al doblar.

A quienes sí veo molestarse con su lata de preguntar es a los hijos de los chinos, que aparecen de cuando en cuando a atender la caja en momentos complicados del negocio, o a pedirle dinero a los padres, a veces simplemente a darse una vuelta por el lugar. Aprovechan su juventud para volver la espalda al chino o mandarlo a callar cuando él les machaca sus preguntas. Casi nunca los reconozco. De una visita a otra, el que creí el menor me parece haber crecido una enormidad en apenas semanas; la que consideré una niña ahora aparece con novio y figura algo más que adolescente. Otros clientes dicen a los chinos lo que yo pienso, con comentarios como «pero yo creí que tu hijo era otro», «ésta no es la que tú me presentaste» o «pero si el del otro día era un niño y éste ya es un muchachón». El chino del paraguas escucha los debates con su

cara discretamente jocosa. Cuando se entromete, lo hace poniéndose del lado de sus coterráneos y se anticipa a la observación que sabe está al hacerse, volviéndola broma: «Es que todos los chinos somos iguales», dice a quienes no lo son y no aciertan con los hijos de los chinos, confundiendo a veces a uno de ellos con otro joven que, aclara la china, es simplemente un sobrino de visita.

Una tarde, volviendo a casa del trabajo, descubro desde lejos gran revuelo frente a la bodega. Más que revuelo; allí está la policía. Alrededor, el barrio entero; no podría ser menos a esta hora, con la gente ya de vuelta a casa. Veo a los policías entrar y salir de la bodega y presiento que ha habido un asalto. Pronto desmienten mis ideas los comentarios que escucho en torno mío y, como para corroborarlos, veo con asombro cómo dos agentes sacan al chino de su bodega, y no por las buenas; lleva las manos esposadas a la espalda. Para colmo, detrás traen a la mujer, de la misma mala manera, y a los dos los meten en el mismo carro celular. Con la aprendida cautela de sujetarles la cabeza para que no se den un golpe al entrar, pero empujados, sin miramientos.

En el ruedo que formamos los vecinos descubro al chino del paraguas. Me llama la atención verlo conversando con uno de los policías. Más que uno cualquiera; es, de todos, el que más aspecto de oficial tiene; el que, en todo sentido, parece el jefe. Es gringo, rubio hasta el bigote. Dedicado a estos barrios, algo de español tendrá que saber, estoy seguro; de ninguna manera se me ocurre que el chino del paraguas sepa de inglés más que unas pocas palabras para resolver lo mínimo, andar de acá para allá por sus cuatro esquinas.

Estoy cerca de ellos cuando sacan a la china y noto que también ella ha descubierto esa conversación. Imposible no ver hasta qué punto se le encandila el rostro, la furia que le causa. Para mi sorpresa y la de todos, antes de que los policías logren meterla en el auto patrullero le lanza al chino del paraguas un grito en chino que, por el tono y la ira que refleja, no puede ser más que un insulto, y de los buenos. Como para que a nadie le quede duda, termina su iracunda frase con el peor gesto posible: lanza, más simbólico que real pero contundente, un escupitajo en dirección al chino.

Pronto termina el espectáculo. Los patrulleros se van y la bodega queda cerrada, sellada. Por ahora y sabe dios por cuánto tiempo, habrá que buscar otro lugar donde conseguir las provisiones. Quedamos, en las aceras y el medio de la calle, puede decirse que el vecindario entero, y no hay duda de cuál es la pregunta que más se escucha, que repetimos todos, hasta yo, vuelto curioso: ¿Qué le dijo la china bodeguera al chino del paraguas?, es lo que queremos saber todos. Hay más de un chino entre nosotros y a ellos nos volvemos con la pregunta, una y otra vez. La respuesta que nos dan, con la misma terquedad, no varía: en medio de los gritos, o por la distancia, no pudieron escuchar a la china. Ninguno se enteró de lo que dijo. Ni el chino del paraguas, que sigue tan imperturbable como si con él no hubiera sido y da así la impresión de ser el más sincero: tampoco él la oyó, pero sabe que con él no fue y nos reprocha el suponerlo.

Estamos todos confundidos, la china insultaba al policía, asegura con remoto aire ofendido. Su grito y su salivazo fueron dirigidos al agente que él

tenía a su lado; el teniente, dice, asignándole un grado, presiento que a su antojo. Al final nos dispersamos y también él se va. Pero alguna duda nos queda dentro, por lo menos a quienes no somos chinos y no entendimos ese grito. Si la cólera de la china iba dirigida contra el policía, ¿por qué entonces le habló en chino? No tiene sentido; la explicación no nos convence.

En vez de complicarme la vida preguntando a cuanto vecino veo qué pasó con los chinos, prefiero dedicarme a buscar la explicación en periodiquitos locales; serán ellos si acaso los que se ocupen de asunto tan de barrio. Así es; al cabo de pocos días, descubro en uno de ellos una versión de los hechos, que imagino conocerá a estas alturas el vecindario entero. Tan sorprendente es, tan enredada, que prefiero evitar comentarla en la barriada, aunque sea al precio de quedarme sin saber jugosos detalles del caso que, estoy seguro, debe tener a mis vecinos conversando boquiabiertos de la mañana a la noche.

Los chinos han sido acusados de contrabando de inmigrantes; de chinos, justamente. Esa prole nunca igual a sí misma que tanto me aturdí en la bodega, algunos de esos nuevos vecinos chinos aparecidos inesperadamente por el barrio desde llegar los bodegueros, eran traídos por éstos de contrabando desde China, aprovechando muchas veces el agujero de Hong Kong, y otras, el inmenso caudal de negocios en que andan ahora metidos los chinos de Pekín. Los colaban usando una técnica muy suya, como una célula que se multiplicase para crear un desconcertante tejido. Cada célula generaba otras y al final, todas eran iguales a la primera, o, por lo menos, tan parecidas como para ser confundidas entre sí. Empezaron con unos falsos hijos ya traídos clandestinamente antes de mudarse a nuestras cuadras y que para entonces habían dejado de serlo, a su vez adultos con familia, mujer e hijos y padres; muchos de ellos, esos visitantes que pasaban por la bodega a darles conversación. Cada chino llegaba siendo una cosa y luego se volvía otra. Chinos vivos sustituían a chinos muertos y reclamaban a familiares que no lo eran y que ni siquiera tenían a veces que cambiar la foto de un falso pasaporte, tan incapaces resultaban los funcionarios consulares occidentales de distinguir a un chino de otro, llegando a haber hombres que viajaron con pasaporte de mujer sin necesidad de travestirse. No hacían falta parecidos familiares ni correspondencia justa en las edades; chinas de 25 años tenían pronto 40 o viceversa y hombres de 45 viajaban con el pasaporte de uno de 70, asombrando a las autoridades migratorias con su aspecto joven, que en vez de despertar sospechas dejaba a los inspectores comentando esa distinta dieta de los chinos que tan recia salud les da. Nombres, rostros, edades, todo pasaba ante los agentes y las aduanas en confusión indescriptible, en que una misma familia crecía y se ampliaba y proliferaba, hasta hacer posible, con esos multiplicados subterfugios de parentescos, identidades y pasaportes trocados, la llegada a tierras americanas de poblaciones chinas enteras.

Como contagiadas por la tristeza del cierre de la bodega, cesan desde el mismo día las partidas vespertinas de dominó. Veo al chino del paraguas dando vueltas, de pie por las esquinas y ahora taciturno, como desprovisto de algo, desamparado, como si se sintiera sobre terreno poco firme. Es uno de

los pocos chinos que quedan. Aunque no todos habían sido parte del descubierto tráfico, los que no lo fueron prefieren mudarse; puede que, siendo chinos, se vean señalados por el escándalo y se sientan incómodos entre nosotros que, como bien son ellos los primeros en saber, no distinguimos entre ellos quién es quién. El chino del paraguas pasea, saluda, pero le queda poca alegría y parece remoto, merodea como un abandonado.

Cerrada la bodega sin trazas de reabrir, no anticipo más incidentes en el barrio; mucho menos policiales; la redada no parece traer secuela. Me equivoco. Una mañana, camino del trabajo, descubro una turba aglomerada frente al edificio del chino, en el mismo sitio donde él disfrutaba hasta hace semanas sus diarias partidas de dominó. Pienso lo de siempre: un asalto, consumado o fallido; un infarto. Pero es más gente de la cuenta para hechos tan rutinarios y, sospechando algo peor, me acerco a ver qué pasa.

Se trata del chino del paraguas. No tengo ni que preguntar. El alboroto es tanto, tantas cosas se dicen, que me entero en unos momentos de cuantos pormenores puedan importarme de la tragedia sucedida. Parece que, muy al amanecer, aburrido del silencio de su casa, al chino se le ocurrió salir a entretenerse dando una vuelta por el barrio. No era, se asegura, la primera vez que lo hacía, sino al contrario, una costumbre bien frecuente; más de un vecino dice haberlo visto muy de mañana, caminando por la cuadra de una esquina a otra, solo en la calle todavía desierta a esa hora. Pero esta vez, algo terrible vino a sorprenderlo. O le falló el corazón, o resbaló, u ocurrió algún otro accidente; lo cierto es que se fue de cabeza por esas antiguas y algo torcidas escaleras y se descalabró al llegar abajo, todo indica que sin remedio. Cuando lo descubrieron era más que tarde; ni se movía ni respiraba, fulminado por un desastroso golpe en la sien.

Me voy, sin ganas de escuchar más. No me hace falta cavilar para sacar conclusiones que me resultan bien transparentes. Pasado el susto, ni los más ingenuos creerán ese cuento del resbalón y el fatal cabezazo. Se sabrá sin falta a qué atribuir esa singular caída escaleras abajo y, como en este barrio de emigrantes donde vivo no hay quien desconozca el valor de un secreto, por parlanchines que seamos de raza, estoy seguro de que se le echará tierra a la muerte del chino del paraguas; no habrá incauto a quien le interese discutir, ni eso, ni el trasiego de la bodega, ni nada.

Así pasa. Por los periodiquitos sé que ni siquiera causa se abre para investigar la muerte del chino. Si crimen hubo, queda en pura conjetura. Las visitas al lugar de escasos detectives no hallan ni pistas ni respuestas. De todos modos, la simple nube de sospecha provoca un cambio generalizado y es así como, de la noche a la mañana, mi barrio enmudece; a partir de entonces, siempre la misma cara de no saber, el mismo murmullo hueco y sin sentido, si la torpeza de un descuidado saca a relucir en un corrillo cualquiera de esos trajines policiales. Como si todos, de la noche a la mañana, nos hubiésemos vuelto chinos.